

Causas y efectos

A Luis Felipe Comendador

Después pasé a los monosílabos y luego al silencio. Ella hablaba, yo leía o contemplaba el paisaje monótono del ventanal de la habitación mayor donde estábamos atrapados.

Juan Carlos Onetti

Recuerdo de mi padre

Mi padre ponderaba la eficacia
como un tesoro extraño y valiosísimo,
escondido en el vientre de la tierra.
Solía levantarse muy temprano
con el tic tac grabado en la memoria,
y dilataba oscuro una jornada
que concluía laso y taciturno.
Era su empeño inmune al frío o la canícula.

Por él estuve interno tanto años,
con la sola misión de hacerme un hombre.
(Entendamos que un hombre de provecho,
un atinado buscador de logros).

Yo sé que aquel esfuerzo no valió la pena.
Él no tiene conciencia del fracaso.
Descubrió en la derrota
una patria feliz, compensatoria.

Pabellón de usos múltiples

De tantos edificios colegiales
aquél era el orgullo. Se llamaba

Pabellón de Usos Múltiples.
Dos plantas y un frontón en relieve,
simulando un partenón altivo,
un edificio inmune al paso de los días,
sobre una plataforma de rocalla.
Contaba con estudio, biblioteca,
un gimnasio, capilla y varias aulas
con mapas, crucifijos y encerados.

Sólo el laboratorio discrepaba.
Sus limpios ventanales difundían
una cálida luz de primavera
y el aire puro de la exactitud.
Llenaban los estantes microscopios,
lupas, balanzas, pinzas, anemómetros,
frascos de cloroformo y anilina,
metálicas esferas y artilugios
para medir diversas magnitudes.
Allí estaba la puerta del futuro,
el umbral hacia un mundo edificante;
cualquier incertidumbre parecía
tener respuesta franca en las probetas.

Fin de curso

Aquel primer pupitre, fila uno,
era el refugio idóneo de la impunidad.
Todos los profesores suponían
que el afán de aprender iluminaba
a su voluntarioso propietario.
Ojos fijos salmón en la pizarra,
la mecánica copia de corrido,
o el infatigable asentimiento
a la explicación más lacaniana.
Hasta que vino ella, Beatrice,
licenciada en historia,
doctora honoris causa
de una belleza altiva, inapelable,
que esgrimíó una razón definitiva
para abrazar la causa de los libros
con la ferocidad de una cruzada.

Ella embotó la angustia
de los cuatrimestrales,
pobló de ojos intrusos
los más discretos vidrios de su cuarto,
vistió un pasado fósil
de ceñidos vaqueros,
y fue la asignatura inaccesible
que todos aprobamos
en atonales noches de andar lento
que perdonaban los confesionarios.

Un nombre

El laborioso tedio del verano
perseguía la anemia
crónica del colegio y nos dejaba
un campo impresionista de amapolas,
una parva aventada al cielo azul
y, bajo la grafiosis de los olmos,
la sonrisa cubista de Nazario
que a veces perseguía muchachas,
y otras veces
pensaba que era un pájaro
y se arrojaba desde los bardales.

Con los años el pueblo fue creciendo
Nazario fue al psiquiátrico,
y una tristeza enorme
tomaba el corazón al abordaje,
recordando las palmas
de sus manos ajadas,
mostrando avariciosas las monedas
que filtraban las hojas.

Iluso todavía vibra el tímpano
con el hilo de voz que perdonaba
los asuntos pendientes
y dormía nuestra mala conciencia;
también zanganea dios y si lo miras
verás como no tiene
el más tenue propósito de enmienda.

Los tiempos heroicos

Malgastamos lo mejor de nosotros
los años de Carrero. Alborzados
dioses de una historia secreta,
escribimos al dorso de una épica oscura;
repartir octavillas clandestinas,
aprender de memoria a Blas de Otero,
ensuciar las paredes con grafiti
de negra y deleznable ortografía
y soñarnos poetas
con rimas consonantes y adjetivos
a pie de diccionario.

Tiempos de cantautores y de trencas,
noches de celtas cortos y hachís,
canciones de Serrat y Víctor Jara
en un coro de voces en falsete,
y el *te recuerdo Amanda* cuya letra
pasara a mano en un cuaderno inglés
una estudiante de cabello tan largo,
como una duna al filo de noviembre.
Socios de cineclubs de arte y ensayo,
ella desentrañaba los subtítulos,
y yo luchaba, torpe, con el botón difícil,
escudero de nácar que tan fiel protegía
la aurora sofocante de su pecho.

Eran días de tesoros ocultos,
ilusorios reclamos, juventud.

José Luis Morante